

## Memorialistas & Viajeros

### Werner Herzog: “Del caminar sobre hielo”

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

Este libro es el registro de un curioso viaje peripatético que el cineasta alemán Werner Herzog, de 32 años entonces, decidió emprender en 1974, desde Munich a París, para ir a visitar a su amiga Lotte Eisner que se encontraba gravemente enferma. Como una forma de sacrificio caballeresco, y con la pasión de un Aguirre, un Fitzcarraldo o un Stroszek, el realizador de *Fata Morgana* (la voz en *off* de Lotte es la que acompaña esta película, declamando trozos del *Popol Vuh*, el libro de la creación del mundo según los mayas): piensa que ese sacrificio impedirá que ella fallezca.

Lotte Eisner trabaja por entonces en la Cinemateca Francesa y es campeona en la promoción del Nuevo Cine Alemán, del cual Herzog es un miembro destacado (con Fassbinder, Schlöndorff, Wenders y el resto). Cabe señalar que el filme *París, Texas* de Wenders está dedicado precisamente a Lotte Eisner. El libro “Del caminar sobre hielo” se publicó en 1978. Lotte no falleció sino hasta 1983.

Durante el tiempo que transcurre entre el 23 de noviembre y el 14 de diciembre, con el invierno desatado en Europa, Herzog lleva un diario de su caminata por pueblos, bosques y campos. Cruza ríos (el Danubio, el Rin, el Marne, el Sena) y duerme donde puede, observa a las casas y a las gentes, lee imágenes que su mente de cineasta transforma en películas que fueron o serán. Sus pies lo torturan, sus piernas no responden. Herzog no cede, con una fe inquebrantable en que si llega a tiempo, la Eiserin (apodo que le fuera puesto por Bertolt Brecht) se salvará. Por la fuerza de la mente, como Bruno X...

Escribe Herzog: “Además, tenía ganas de estar a solas conmigo mismo”. Es un punto de inflexión de su carrera, su creatividad se halla en crisis. Rehúye incluso el lanzamiento de su película *El enigma de Kaspar Hauser*, temeroso de la acogida de crítica y público. Quiere reencontrar lo insólito de la vida, y en su texto va rescatando imágenes cotidianas elevadas a mágicas. Reflexiona sobre la importancia de desplazarse a pie, de beber en las tabernas para espantar el frío, de compartir con animales la búsqueda de alimento y calor. Se topa con niños tristes o alegres, viejos que aguardan la muerte, lisiados, policías que lo acosan, campesinos agresivos o amables, perros rabiosos. Las tormentas lo apabullan, la ingesta de alcohol lo trastorna, las supersticiones lo extravían. Afirma: “No tendría nada de esto por verdadero si lo viera en un filme”.

Y la muerte, siempre la muerte rondando. Para quienes han visto los filmes de Herzog, se reconocen ecos de los que ya había hecho y de los que vendrían. Los ruidos extraños de los pueblos y las campanadas, que recuerdan a *Nosferatu*; los zumbidos de los aviones y los personajes extravagantes que pueblan *Fata Morgana*; los seres disminuidos del *País del silencio y la oscuridad* o *También los enanos empezaron pequeños*; el juego suicida con el riesgo, como en el documental *Grizzly Man*, donde un ecologista termina siendo devorado por un oso en tierras remotas de Alaska.

Los viajes siempre fueron, y siguen siendo, una constante en la obra de Werner Herzog. Un trío de filmes emergió de un viaje casi fatal que Herzog hizo al África en 1969, como el documental-ficción *Fata Morgana*, con música de la banda alemana de rock progresivo Popol Vuh y canciones de Leonard Cohen. Con *Aguirre la ira de Dios y Fitzcarraldo* en Perú, con *Cobra Verde* en Ghana, con *Los doctores volantes de África del Este* en Kenia, con *La balada del pequeño soldado* en Nicaragua, con *Donde sueñan las verdes hormigas* en Australia, con *Encuentros en el fin del mundo* en la Antártida, y así en tantas otras de sus obras, Herzog ha querido hacer de su obra una épica global, una aventura continua; y además un mensaje de fraternidad con los pueblos oprimidos, con las víctimas de una civilización de la cual abomina. Lo suyo no es el turismo.

Expresó en una entrevista: “El cine no es un arte de escolares, sino de iletrados, y la cultura filmica no es análisis, es agitación de la mente. Las películas nacieron de las ferias de pueblo y de los circos, no del arte y del academicismo”. Se ha hablado del parentesco de la estética del Herzog con la poesía romántica del siglo XIX. Es posible, su pasión por la naturaleza se refleja en su obra y en la manera en que busca una comunicación con el paisaje que va más allá de la pura contemplación: “la neblina hace nacer colinas míticas: son sólo amontonamientos de betarragas a lo largo de un camino de tierra”. Esa sensación del cuerpo que han perdido los ciudadanos. Las fuerzas negativas que expenden ciertos lugares: “El poblado es horrible, industrias en gran número, turcos desesperados... Una soledad formidable también”.

Un manzano abandonado, cargado de frutos arrugados. Observa morir a un carnero. Lo rodean cuervos, cornejas, grullas, mirlos, gorriones. Presta atención a un faisán perturbado. Ratas, muchas ratas, que sólo ven los caminantes. Medio congelado se acerca a París. Recuerda a su abuelo que un día no quiso levantarse más de su sofá, y una vez que lo hizo, murió de alegría por haber ganado un concurso de bolos. Personajes de sus películas hacen comentarios. Recuerda también a Helvio Soto y a Sanjinés, sus queridos cineastas latinoamericanos. Una sola visita: la casa donde nació Juana de Arco.

“Delante mío, masivas y claras, las montañas. Perforando la alta capa de niebla, a medias visible, una fría luna matinal enfrenta al sol. Caminar en línea recta, entre la luna y el sol, ¡qué grandeza!”. Y más adelante pone: “Delante mío, un arcoiris me llena de pronto de una loca esperanza”.

El encuentro con Lotte Eisner en el hospital es casi mudo. Ella le ofrece dos asientos para que descansen sus pies adoloridos. Se sonríen. El cineasta le dice: “Abre las ventanas, desde hace algunos días sé volar”. Caminar para aprender a volar. Interesante moraleja la de este nada convencional libro de Werner Herzog, gran artista de nuestro tiempo.

